

y agresiva inquietud: la de la muerte de Dios. El poeta no sólo está desterrado de toda verdad, sino como columna y portero de Dios está desterrado de los templos. Su hogar es el desierto.

El segundo ditirambo «Entre las hijas del desierto» lo canta el peregrino, la sombra de Zaratustra y lo acompaña con el arpa del mago, pero su protagonista es Nietzsche, quien después de la introducción en prosa se apodera del escenario y clama con melancolía: «Crece el desierto: ¡ay! de quien esconde desiertos...». La frase inicial, la última estrofa y el dístico con que termina el ditirambo: «No olvides hombre, sondeada la lascivia / tú eres la piedra, el desierto, eres la muerte» contrastan por su intensidad lírica con el resto sarcástico y burlón del canto. La sombra de Zaratustra lo entona con una «especie de rugido» y dice que el comienzo, la frase inicial, es digno de un «mono moral rugiente». El «mono moral» imita, es decir, parodia nociones y sentencias cristianas: la narración de Jonás y la ballena, la frase con la que Lutero concluyó sus alegatos («Quiera Dios mejorarlo. Amén») y la famosa frase con la que justificó personalmente la necesidad de la Reforma («No puedo de otra manera, Dios me ayude. Amén»). La parodia no sólo recurre a la Biblia y a la historia del cristianismo europeo, sino a quien fue uno de sus autores preferidos y secreto rival, a Goethe, concretamente a su *Diván occidental-oriental*. La parodia era además, en parte, el tercer paso que había que dar para llevar a la lengua alemana a su plenitud. Nietzsche no menciona el «Libro de Suleica», sino las otras tres partes del *Diván* que leyó en su juventud, pero los objetos de las parodias son fragmentos de frases y nociones conocidas por los cultos y hasta semicultos. Esto subraya la intención parodística y distrae a la vez de la figura histórica que pretende someter a la carcajada: Jesús en el desierto, tentado por el diablo, quien le dice que como es el hijo de Dios, hable y convierta a esta piedra en pan (Ev. San Mateo, 4, 1-4). La segunda línea del dístico final recoge ese pedazo de la narración evangélica y después de la frase inicial del ditirambo, que repite, dice: «Piedra cruje con piedra, el desierto enlaza y estrangula». Enmascarado con los pedazos de cristianismo y de Oriente goetheano, Nietzsche, Zaratustra, el poeta mentiroso hace gestos bufonescos que atribuye a sombras de Jesús. Son la risa que lanza el arcoiris mentiroso cuando despedaza a Dios. Pero la parodia es una metamorfosis más de la larva que es botín de sí misma. A la tentación erótica y oriental de las hijas del desierto, Dudu y Suleica, el nuevo Jesús no responde, como en el Evangelio, con una afirmación. «Mas yo, el escéptico, lo pongo en duda / por eso vengo / de Europa / que es más maniaca de duda que todas las hembritas esposas. / Dios quiera mejorarlo. Amén». Nietzsche asocia el adjetivo «celoso» (*eifersüchtig*) con «maniaco de duda» (*zweifelsüchtig*) y quiere sugerir con ello el celo de la duda, es decir, el

comienzo de la filosofía moderna en Europa, principalmente las consecuencias de Descartes. Si la única verdad para el poeta es que está desterrado de toda verdad, la única realidad que queda al poeta, al escéptico y al filósofo es la vida, pero la vida «roída y mordida» por la muerte, que «mira ardiente parda / y *masca* —su vida es su mascar». Su vida, no sólo la de la muerte, sino la del hombre mismo: «tú eres la piedra, el desierto, eres la muerte». La tentación en el desierto es la iluminación atormentada y parodística, es decir, bufonesca, del nudo teológico-filosófico que cierra la cuerda del ahorcado, del Yo inquisitivo y preso. La risa del que despedaza a Dios es «la rigurosa y atormentada voz» de aquel a quien el apolíneo George preguntó:

Creaste dioses sólo para derribarlos  
¿nunca gozaste descanso y construcción?  
Mataste lo más próximo en ti  
para pidiendo de nuevo temblar como él  
y para gritar en el dolor de la soledad.

Entre el grito de dolor y la risa del destructor se oyó también una obstinada serenidad, la del que ruega de nuevo «temblar como él». El ditirambo «Última voluntad» reúne estas tres voces en un coro que canta la nostalgia de una muerte vencedora. «Morir así / como entonces lo vi morir: / venciendo, *aniquilando*». ¿Quién es el amigo a quien vio morir en otro tiempo y quien «lanzó divinamente rayos a miradas» a su «oscura juventud»? El ditirambo fue escrito en 1883, el año en que aparecieron las dos primeras partes de *Zaratustra*. En un cuaderno —el 20 en la edición de los fragmentos póstumos— del otoño de ese mismo año, apuntó Nietzsche esbozos de la tercera y cuarta parte de la obra. En dos de ellos cuenta la muerte de Zaratustra: «Asciende riendo a la roca: pero llegado allí, muere feliz». La necrología que sigue se titula «Sobre un triunfo» (10, p. 592 y ss.). Es el borrador en prosa del ditirambo «Última voluntad». A quien vio morir Nietzsche fue a Zaratustra. Pero su muerte fue una redención y una resurrección: «*Redimir a los pasados* y transformar todo 'fue' en un 'así lo quería'» escribió en *Ecce homo* (6, p. 348) y Nietzsche lo quería *eterno* y *necesario*, como dice en el ditirambo «Fama y eternidad». En uno de esos momentos de esa eternidad, Zaratustra fue Dionysos y en vísperas de la oscuridad, volvió a ser Dionysos. El amigo que iluminó su «oscura juventud», «cuenta... el *secreto* de que todo retorna» (10, p. 593). Retorna también Jesús, ¿fue él el amigo que «*muriendo* vence» y que «ordenó que se *aniquile*»?

El 3 de enero de 1889 concluyó Nietzsche el manuscrito de los *Ditirambos*. Ese mismo día envió una carta a Cósima Wagner, «A la princesa Ariadna, mi amante» en la que le decía que «es un prejuicio que soy un hombre» y después de mencionar «todos los hombres» que había sido, dice: «Pero

esta vez vengo como el Dionysos triunfante que convertirá a la tierra en un día de fiesta... No es que tuviera mucho tiempo... Los cielos se alegrarán de que esté ahí... Yo también he estado colgado en la cruz» (*Briefe*, 8, p. 573). Cinco años había esperado al triunfo y éste le llegó con la muerte, colgado de las alucinaciones de la locura y a media luz consciente de que era un «divino bufón» y convencido de que con la embriaguez de su victoria y de su dolor melancólicos y burlones, con los *Ditirambos de Dionysos*, había hecho un «regalo a la humanidad», cuya entrega confiaba a Catulle Mendès, «el primer y más grande sátiro que hoy vive», como decía en un esbozo de dedicatoria del libro (14, p. 514 y ss.). Pero la eterna larva se ensortijó como los abismos y salió de nuevo no como águila sino como Zaratustra que «aún ama el abismo» y en la vasta región de su alma deja el desierto y, como el poeta y el bufón, vuelve a caminar «Entre aves de rapiña». Este ditirambo se encadena con el «Sólo poeta, sólo bufón». El anillo que los une es la imagen de la larva que «se es larva y es su botín» a la vez, pero ahora transformada en huésped del solitario. «¿Quién se atrevió también, / a ser aquí huésped / a ser huésped?... Un ave de rapiña quizá». La larva y el huésped, quizás un ave de rapiña, se encierran en sí mismos o, como el huésped, se enreda en las alas del ave que se cuelga en su cabello y se queda colgado «como tú, ahorcado». La imagen de la larva que es botín de sí misma y del ahorcado es una alegoría del poeta y del filósofo que es Zaratustra: «tu propio botín, taladrado en ti mismo». Nietzsche llama a Zaratustra «crudelísimo Nimrod». Según el Génesis (10, 8-10), éste fue el primero que obtuvo gran poder sobre la tierra y se lo conoció como «poderoso cazador» ante el Señor. Zaratustra, «botín de sí mismo», fue «recientemente cazador de Dios». «Ahora-solitario contigo / duolitario en el propio saber, / entre cien espejos / ...estrangulado en el propio lazo» es «¡Autoconocedor! ¡Autoverdugo!». El cazador de Dios y botín de sí mismo, el colgado, ahorcado y *autoverdugo* es el filósofo escéptico, «prisionero», enfermo del veneno de la serpiente, «Príncipe escarlata de la insolencia» y, al cabo, «una incógnita para aves de rapiña». A diferencia de otros ditirambos, «Entre aves de rapiña» critica, con una alegoría, el afán de saber, esto es, el veneno de la serpiente paradisiaca y la filosofía de la subjetividad, el pensamiento que suscitó Descartes. El *sabio* Zaratustra no sabe, es incógnita y en cuanto cede a la tentación de saber, es su propio verdugo. Pero es también un «Faro» y un signo de interrogación para quienes tienen respuestas. Con otra alusión más a la historia sagrada, dice en el ditirambo titulado «Signo de fuego» (es la versión literal de la palabra alemana para faro, *Feuerzeichen*), que después de las seis soledades que conoce, el pescador lanza el anzuelo en busca de la *séptima*, la *última* soledad. El día en que Dios concluyó su obra y recomendó el descanso es la

ultimidad buscada y deseada por Zaratustra; otro retorno en cuyo camino vuelve Jesús, con la máscara de una alusión. Pero es un retorno final en el que, con esperanza leve, pregunta si «no arde aún el hielo de mi cumbre» y con nostalgia recurre a la imagen de la barca de la muerte: «Plateado, leve, un pez / empuja ahora mi barca». Pez es el ideograma del acróstico formado con los versos griegos que legó la sibila Eritrea en los que vaticina el juicio final y que significa «Jesucristo, hijo de Dios, Salvador»<sup>10</sup>. El ditirambo que concluye con esta imagen pagano-cristiana de la muerte comienza respondiendo al «ardiente corazón» sediento de «Sólo poeta, sólo bufón»: «No por mucho tiempo aún tienes sed / ardido corazón. / Hay promesa en el aire, / me sopla desde bocas desconocidas— / viene el gran frescor...». Viene cuando «El sol descende» y cuando «ya brota el rocío de tus / gotas de lágrimas». Este sereno ditirambo suele ser considerado como el más logrado, y es de hecho el que expresa más cristalinamente una dulce melancolía ante la muerte y una esperanza de la vida. Callada está la duda celosa y su secuela, el estrangulamiento de sí mismo. Pero las reminiscencias del primer ditirambo despiertan el hielo del ardido corazón que pregunta: «¿Quién me da calor, quién me ama aún?».

Éste es el primer verso del ditirambo aparentemente más enigmático, «Queja de Ariadna». En *Zaratustra IV* era la queja del mago que en un esbozo de 1884 se titulaba «El poeta-Tormento del creador» (11, p. 310). En el libro, la queja del mago sólo recoge unas líneas del esbozo. Después de haber cantado el mago su queja, Zaratustra lo golpea; y éste, para defenderse, le asegura que «lo hice sólo por juego», porque eso «forma parte de mi arte». Como Zaratustra, el mago es poeta, «penitente del espíritu». Los golpes hicieron callar al «comediante, monedero falso, mentiroso» como lo increpa el furibundo sabio (4, p. 313). En el ditirambo, Nietzsche y Zaratustra desalojan al mago y al cambiar de título, variar letras y orden de los versos y agregar una estrofa, se pierden en la incógnita: «Quién, fuera de mí, sabe qué es Ariadna...». Qué, no quién escribe en *Ecce homo* (6, p. 348). El título ha seducido a desatar especulaciones que por su gravedad rayan en lo melodramático. Sobre la curiosa opinión de que el mago se puede identificar con Richard Wagner observa Karl Reinhardt que muchas características del mago no corresponden al músico teutón, tampoco en la imagen que Nietzsche tenía de él<sup>11</sup>. En la queja del mago no aparecen ni Ariadna ni Teseo ni el Minotauro. En la versión de los *Ditirambos*, después de que el mago pide al Dios desconocido que vuelva, se abre una escena que Nietzsche presenta con una instrucción para la escena, en letra más pequeña: «Un rayo. Dionysos aparece en belleza esmeraldina». Con el parlamento de Dionysos, surge la sombra del mito clásico de Ariadna. El cambio de una desinencia masculina por una femenina en las palabras pri-

<sup>10</sup> San Agustín. *De civitate Dei*, 18, 23, 1.

<sup>11</sup> Reinhardt, Karl. *Op. cit.*, p. 314.